

CAVILACIONES

***LEOPOLDO ALAS
CLARÍN***

Freeeditorial 

«CAVILACIONES»

Puede haber un autor tan magnánimo que te perdone el mal que hayas dicho de sus obras; pero ese mismo acaso no te perdone el bien que digas de las obras de sus émulos.

Cabe tanto mal en el espíritu humano, que cabe esta contradicción: la envidia y el desprecio.

En la vida mezquina de lugar hay muchas miserias ridículas; pero hay algunas trágicas: los rencores.

Conozco amores que pueden definirse: un sueño entre dos.

Uno duerme y otro sueña.

Las lecciones del mundo están escritas en un idioma del cual no se pueden traducir: el de la experiencia. El inexperto las sabe de memoria, pero no las entiende.

El hipérbaton cuando es espontáneo es lo más natural del mundo; cuando es rebuscado es lo más Corradi del mundo.

En la biblioteca de mi pueblo hay un subterráneo donde yacen enterradas las obras de Rabelais, de Voltaire y de Strauss. ¡Qué gran vino cuando lo beban nuestros nietos!

Hay muchos que creen imitar el estilo de Víctor Hugo, cuando en realidad sólo imitan el de sus traductores.

Señales infalibles de gusto grosero e inculto: hablar alto, dormirse en el Real, llamar ruido a la música y a Castelar organillo.

En las federaciones de la amistad suele haber un pacto tácito: el de la igualdad de ingenio y de fortuna. El que brilla más, el que sube más, está fuera del pacto; se le declara la guerra.

Cuando pasa el Señor por las calles, ¿por qué no besan el polvo los creyentes? Y los descreídos, ¿por qué descubren la cabeza? Un fanático no se explicaba esto, que es más que el paralelogramo de las fuerzas.

En un álbum.-No hay mejor álbum que el que está por escribir.

En un abanico.-En abanico cerrado no entran poetas.

España es un Parnaso suelto.

Jesucristo dijo, según dicen: «Siempre habrá pobres entre vosotros.»

Es verdad; siempre habrá poetas cesantes.

Conozco yo un poeta que siempre que escribe da en el tema de decir que no es poeta. Y lo prueba como Diógenes probaba el movimiento.

No es perjudicial haber estudiado Retórica y Poética en la segunda enseñanza, y Literatura y Estética en la Facultad: un abogado, un político pueden contentarse con eso. Un crítico necesita algo más: olvidar la mitad de lo que ha aprendido en las aulas. Pero, ¡ay de él si no sabe la otra mitad! Y, sobre todo, ¡ay de él si no llena con propias doctrinas y estudios de experiencia el vacío que deja lo que se debe olvidar!

Uno de los principales servicios de los estudios académicos es éste: enseñarnos a no respetar a los críticos que en nombre de sus estudios académicos sentencian como si fueran el Tribunal Supremo.

Verle a un crítico los resabios del aula o de una escuela es como ver una decoración entre bastidores.

La vanidad es preferible al orgullo, en cuanto es más sociable.

El orgullo es una pasión de los dioses; pero de los dioses falsos.

Un sabio moderno ha dicho que la envidia no es un pecado, que es una pena. Yo creo que es un pecado... que en el pecado lleva la penitencia.

Fe es creer lo que no vimos. Está bien. Pero muchos añaden: como si lo hubiéramos visto. Este es el error de la fe.

El figurarse cómo es Dios sirve para algo. Para saber que de fijo no es como uno se lo figura.

El ateísmo de escuela es una teología al revés.

«Que calle el oráculo y yo hablaré», decía la conciencia en tiempo de los oráculos.

La duda provisional es una duda falsificada. Se conoce en que no duele.

Un poeta que se queja del hastío que le causa la existencia, y escribe sin ortografía, es desgraciado porque quiere. ¿Por qué no llena ese vacío que siente estudiando Gramática castellana?

Nuestros poetrastos saben, a veces, medir las sílabas, pero nunca medir las palabras.

Si muchos poetas tuvieran presente que es mala crianza hablar mucho de sí mismo, ¡cuanto lirismo nos ahorraríamos todos!

Algunos críticos benévolos creen que el colmo del buen gusto es hacerse de miel.

Ya sé que en buena estética no se puede exigir que la estatua tenga músculos y huesos debajo de la superficie: basta con la apariencia.

Pero no se me negará que esa apariencia nunca sería tan perfecta como existiendo realmente dentro de la estatua todo un organismo humano. Pues ésta es la cuestión del realismo. En sus estatuas (los personajes de sus obras) hay músculos, huesos, todo lo que contribuye a que la apariencia sea más perfecta.

Este es el realismo bueno. El malo es el que abre las carnes para que la anatomía se vea.

Un entusiasta del gran trágico inglés decía:

-¡Cómo se parece la Naturaleza a Shakespeare!

Hay muchos literatos que, pretendiendo castigar el estilo, castigan a los lectores.

En mi fondo, Tusculano; en mi retiro, me rodeo de excelentes y elocuentísimos amigos: Platón, Luciano, Esquilo, Lucrecio, Dante, Rabelais, Cervantes, Voltaire, Hégel, Víctor Hugo... y de cuando en cuando, Pedro el jardinero, que me oye, como un oráculo.

Un político, que no se distinguía por lo consecuente, decía en un discurso a sus electores: «Todo cambia; la estrella Sirio, una de las más notables del cielo, tenía en tiempo de Cicerón un color, y ahora tiene otro.»

Es muy prudente el consejo de guardar muchos años en cartera las obras literarias. Cuando después se leen se juzgan mejor, y puede el autor librarse de publicar tonterías. Sin embargo, la receta no es muy segura, porque es posible el caso de que el autor siga siendo un necio.

Los que opinan que ha pasado el tiempo de combatir con todas armas el poder del fanatismo y los absurdos de la superstición, son tan peligrosos para el progreso como los que piensan que ese tiempo no ha llegado.

Es una exigencia peregrina la de aquellos que piden al librepensador que niega su asentimiento a las afirmaciones dogmáticas, pruebas basadas en otras afirmaciones positivas. Olvidan que, en Derecho, affirmanti, non neganti, incumbit probatio.

Una de las mayores amarguras del crítico es tener que estar muchas veces de acuerdo con los envidiosos.

El sol, el cielo azul, los verdes campos, los bosques sombríos, las frescas fuentes, la mansa brisa, todos esos lugares comunes de la Naturaleza se han hecho para los hombres menos vulgares. -Los tratamientos, las cruces, los títulos, las ceremonias, la apoteosis, todas las distinciones se han hecho para el vulgo.-Cualquiera sirve para rey; casi nadie para solitario.

Es mucho más fácil aprender el buen tono de los salones y dirigir bien un cotillón entre príncipes que admirar dignamente una puesta de sol.

El matrimonio es una gran institución, pero se celebra al revés. La ceremonia debía dejarse para el último día de la unión en la tierra. Al morir uno de los esposos, la Iglesia y el Estado, previa declaración de las partes, podrían decir con conocimiento de causa: ése fue matrimonio. Todo lo demás es prejuizar la cuestión.

El que tolera la vida, dejó escrito un suicida, es el que administra mal sus intereses y no lleva la cuenta de su deber y haber. El que se mata hace un balance y se declara francamente en quiebra.

El horror instintivo del vulgo a la teoría de la descendencia se me antoja un indicio de nuestro origen humildísimo. Hay algo del orgullo del pavo real, del caballo o del gallo en nuestra antipatía a los monos.

No hay nada menos natural ni menos sencillo que la naturalidad y sencillez que afectan algunos filósofos que han aprendido en la escuela la sencillez y la naturalidad. Es más natural el artificioso vivir de otros de su clase, pues el artificio es lo natural en quien vive lejos de la Naturaleza.

Se han inventado muchos sofismas y frases de efecto para disculpar el plagio literario. Los autores honrados deben proceder en esto como los comunistas, cuando son personas decentes: ponen en tela de juicio la propiedad, pero no roban.

Algunos escritores que se llaman festivos creen llegar a la gracia y al desenfado de los verdaderos humoristas copiando sus frases familiares, su desaliño natural y sencillo. Es como si el pobre pretendiese presentarse al ministro, a quien visita, de bata y con babuchas. Verdad es que el alto dignatario le recibe en ese traje; pero es porque está en su casa.

Los imitadores en literatura son imágenes del maestro reflejadas en espejos convexos.

Cuanto más se acerca el espejo, más deforme es la imagen.

Una polémica no termina cuando se dice la última palabra, sino cuando se ha expuesto el último argumento. Muchas polémicas parecen interminables cuando no han empezado todavía.

El camelo, moda literaria que quieren resucitar algunos poetastros, nada tiene que ver con la poesía jocosa; no es más que la impotencia que acaba por burlarse de sí misma.

La poetisa fea, cuando no llega a poeta, no suele ser más que una fea que se hace el amor en verso a sí misma. Las coplas de un galán, por malas que fuesen, le parecerían mejor que sus poesías y le harían olvidarlas.

La poetisa hermosa no tiene perdón de Dios. ¡Hermafroditismo odioso y repugnante! ¡Ser Venus y López Bago en una pieza!

Puede ser excesiva la modestia del genio y aun dar indicios de falsa, cuando pretende igualarse con los más humildes y hacer de ellas su compañía. Esta nivelación aparente ofende a los pequeños. Es como si el sol, por modestia, se empeñara en salir de noche. El mal sería para las estrellas.

El afán de distinguirse, que tanto censuran los hombres más vulgares, puede ser el instinto de conservación del buen sentido.

El hombre tiene una razón que le dicta los principios y las leyes de la realidad. Pero ignora si la realidad está conforme con la razón. Es como el reloj, que señala la hora, pero no sabe qué hora es.

Sólo la virtud tiene argumentos poderosos contra el pesimismo.

Comenzar a vivir procurando el aplauso de las gentes, no es dar pruebas de necio. La necesidad está en insistir.

Mucho más grande que no admirar nada es no despreciar nada.

El desencanto que sufren los necios cuando se acercan al hombre grande y ven su pequeñez, se parece al del niño que sube a la cumbre para coger la luna y ve que la luna está mucho más alta.

Toda filosofía que pretenda merecer que la estudie el hombre experimentado, no debe dejar entre lo accesorio la teoría del dolor. No abordar este problema o tratarle con fórmulas sin fondo, es huir la dificultad más real del objeto último, según los más, de la filosofía.

Comprendo al novelista que profundiza y estudia con minucioso análisis los caracteres que le rodean. En el arte, todo esto parece bien. Pero no comprende

que el que quiera vivir contento y en paz con sus semejantes se entregue a tal estudio.

El día que en la soledad no oigas una voz que te distraiga y consuele, puedes llorar la muerte de tu único amigo.

El hombre práctico por excelencia no practicaría nada que no conociese bien en teoría. Pero este es el práctico... teórico.

En la filosofía del amor tiene razón el positivismo: sólo se conocen hechos.

En la vida de pueblo se desarrollan vicios y miserias de que suele estar libre el cortesano, y, además, existe el germen de los vicios y miserias de la corte.

Si la crítica se practicara como una religión, los críticos serían casi siempre mártires. Pero ni los más severos ni los más orgullosos creen firmemente, en los casos de apuro, que su oficio es un sacerdocio.

Los filósofos pesimistas suelen equivocarse en su sistema y en las consecuencias que deducen de los datos recogidos; pero los datos casi siempre son ciertos. Esto es lo más triste del pesimismo.

Los enemigos del afán de filosofar verían acaso satisfechos sus deseos si lograsen suprimir el miedo a la muerte.

Freeditorial 